

EL CISQUERO

22 de Diciembre de 1965.

Juan y María tienen dos hijos de 8 y 10 años, Cesar y Pedro. Viven en una vieja casita de un pueblo castellano. Tras la puerta de entrada un portal con suelo de barro distribuye las escasas dependencias. A un lado una pequeña sala con baldosas rojas, al otro una alcoba con dos camas en las que duermen los padres y los hermanos. En el fondo, un pasillo estrecho nos lleva hasta la cocina y salida al corral. No hay baño ni agua corriente; un pozo suministra el agua necesaria. Al lado de la casa está la cuadra para el burro y una pocilga para el cerdo, entre los que unas pocas gallinas alegran con sus cacareos y un gallo que con su quiquiriquí hace las veces de despertador al alba.

Acaban de liquidar la deuda con el albañil, quién les había arreglado el tejado para quitar las goteras de la casa y se han quedado a dos velas, con apenas cuatro monedas que guardan cuidadosamente en una tacita en el armario de la sala. En pleno invierno y con la Navidad al caer, necesitan con urgencia conseguir dinero para pasar estos días.

El trabajo escasea, pero Juan consigue apalabrar con Don Nicasio, dueño del caserío de Ronda, cortar un poco de leña en su monte de encinas a cambio de dejarle limpio y respetar el mejor árbol cada 3 o 4 metros, para que el ganado pueda pastar. No es un buen trato por la cantidad de trabajo pero al menos conseguirán leña para vender y aprovecharan las ramas más finas, hojarasca y demás desbroce para hacer unos sacos de cisco.

Ayer fue un gran día para los niños, en la escuela les dieron las vacaciones de Navidad y tras cantar, junto con los otros niños del pueblo, varios villancicos en el ayuntamiento, les obsequiaron con un buen puñado de castañas y dos caramelos. Llegaron a casa tan contentos e ilusionados, más aun pensando que al día siguiente irán con sus padres al monte. Son conscientes de la escasez de recursos en casa y les hace mucha ilusión ayudar a conseguirlos.

Juan, sabiendo que al día siguiente podrá disponer de la ayuda de sus hijos y esposa, dejó todo preparado. Recogió en pequeñas gavillas toda la chasca, apartando y amontonando los palos. Cortó unas ramitas de encina provistas de muchas hojas y preparó una escobilla atándolas con un hatillo. Cortó un chaparro de su altura quitando ramas hasta dejarle como una escoba, recogió un buen puñado de retamas secas y las metió en un saco guardándole bajo los troncos para evitar la humedad, y dejó preparado el lugar más idóneo para la hoguera.

Faltan más de dos horas para amanecer, pero Juan y María ya se han levantado. Mientras Juan unce el burro y prepara los hachas, el peto, el podón, la piedra de afilar, el gario, la pala, la criba, los sacos, los hatillos, unos bidones de plástico, el viejo cubo de latón de sacar agua del pozo..., -que no se olvide nada-, María prende la bilbaína para encandilar la cocina y preparar el desayuno. Cuatro buenas tazas de sopas de pan y leche bien calientes para combatir el frío. En un puchero de porcelana roja pone los garbanzos, que había dejado en remojo la noche anterior, unos huesos, tocino y un chorizo de la matanza, será la comida del mediodía. En la fiambra guarda cuatro tajadas de longaniza y cuatro torreznos y junto con una hogaza de pan, cuatro patatas y una garrafa de agua, lo guarda en las alforjas.

El termómetro marca cinco grados bajo cero, ha helado muchísimo y todo está cubierto de escarcha, tan blanco que parece haber nevado. “Hace un frío que pela”.

Con todo el cariño de una madre, María despierta a sus hijos y les entrega la ropa y el calzado que deben ponerse, sin olvidar unos viejos pasamontañas de lana que les protegerán del frío y como veremos también del calor. En una palangana y con el agua fría como el hielo se lavan la cara y las manos. Tras el desayuno se ponen en marcha. César, el más pequeño monta en el carro y se arropa con una buena manta para protegerse del frío, el resto le siguen a pie.

El camino hasta el monte tiene más de seis kilómetros y el inconveniente de atravesar el río, pero por suerte este año apenas ha llovido y lleva muy poca agua, por lo que no representa ningún problema. Cuando llegan a él rompen el hielo y llenan de agua los tres bidones de plástico. En poco más de una hora llegan al tajo. Está amaneciendo, el sol asoma detrás de la sierra y hace resplandecer tanto en la escarcha que hace daño a los ojos. La mañana está serena, con poco viento y mucho sol.

En un buen resguardo mirando al sol descargan el carro y sueltan al burro para que pade en los alrededores. Lo primero que hacen es encender fuego. Para ello Juan llama a sus hijos, quiere enseñarles cómo se consigue prender la lumbre estando todo tan húmedo. Recoge el saco de retamas secas que había dejado guardado el día anterior y utilizando unas pocas, rasca una cerilla que pronto prende y se propaga por las hojas de las retamas. Para no ahogar el fuego va incorporando ramitas y hojarasca poco a poco, sin prisas ni cantidad. Al principio sale mucho humo pero enseguida prende la llama. Según se anima el fuego va echando otras ramas más gruesas. Al ratito ya tienen una buena lumbre, en donde se calientan un poco y en donde después pondrán el puchero a cocer. Es el sitio de la ropa, allí afilarán las herramientas, comerán y descansarán.

Ha llegado el momento de empezar, y Juan indica a sus hijos que se quiten los tabardos y se queden solo con el mono, para que sea más difícil trabarse con la leña, y también que se pongan el pasamontañas para evitar que el fuego les chamusque el pelo, las cejas y las pestañas. Después les indica la forma de echar la leña a la hoguera, arrimándose lo máximo posible a la lumbre y cómo una vez que la fogata vaya en aumento se suben las gavillas a la cabeza para echarlas más fácilmente en todo lo alto del montón.

En el sitio previsto para la cisquera, Juan enciende el resto de retamas secas que quedaban y de la misma forma que antes, va echando ramitas, tomillos y otros hierbajos de fácil combustión. Poco a poco va incrementando la cantidad de ramas hasta conseguir que en el interior de la lumbre haya unos buenos ascuas que mantendrán encendida la fogata en todo momento. Sin prisas pero sin pausa, primero ramas y luego haces y gavillas van alimentando la fogata sin parar hasta que acaban con toda la chasca. Más de un trabón en las ropas y sobre todo arañazos en las manos pero no es momento de lamentaciones. A pesar del frío ellos están bien calentitos por el trabajo y por el calor del fuego.

Juan empuña el gario y va incorporando todas las ramas caídas alrededor del fuego al centro de la hoguera. Esperan un rato para que el fuego devore las ramas convirtiéndolas en ascuas y después con la ayuda de la escoba de chaparro que hizo el día anterior, barre toda la hojarasca

y malezas alrededor de la fogata dejando limpio el suelo para los siguientes pasos. Indica a Pedro que le traiga el cubo lleno de agua y a Cesar la escobilla. Con el cubo en una mano y la escobilla en la otra se dirige a apagar aquel enorme montón de ascuas que están al rojo vivo. Parece imposible pero con agilidad y excelente destreza va echando un poco de agua a la escobilla que después esparce sobre las ascuas, arriba, abajo a la derecha y a la izquierda hasta que completa toda la vuelta al montón dejándole prácticamente apagado. Los tizones humean y pierden calor. Enseguida manda a Pedro que coja el gario y a Cesar la pala para que colocándose uno frente al otro empiecen a voltear el montón de ascuas. Con movimientos acompasados cargan gario y pala en el montón y vuelcan hacia el otro lado, una y otra vez sin parar, entre tanto Juan sigue rociando con la escobilla para apagar cualquier rescoldo. Cuando acaban de mover todo el montón las ascuas candentes están prácticamente apagadas, dando lugar a pequeños tizones negros y humeantes, el cisco. Para mayor seguridad Juan vuelve a salpicar algunas gotas más. Los chicos se quedan sorprendidos como han conseguido apagar aquella enorme fogata que echaba gigantescas llamaradas con apenas garrafa y media de agua.

Así lo dejan un rato para que vaya oreándose y para asegurarse que no tiene chimeneas de algún ascua sin apagar, y aprovechan para ir a la ropa y sentarse a comer una buena rebanada de pan con longaniza y un torrezno que les sabe a glorias benditas. Antes de incorporarse, Juan afila las hachas con la piedra de esmeril para que María y Pedro corten más cómodamente y trabajen menos.

El tiempo apremia y pronto están de nuevo trabajando. Mientras María corta chaparros con el hacha, su hijo Pedro usa el peto y el pozón para limpiar la maleza. Al otro lado Juan y Cesar se dirigen al montón de cisco. Una vez comprueban que no hay indicios de rescoldos se disponen a extender la cisquera en una buena parva ovalada de unos 90 centímetros de ancho y 15 de alto. El motivo no es otro que se sequé bien al sol y asegurarse de que está bien apagado. Cuando acaban, vuelven al tajo de cortar donde están María y Pedro. Juan se encarga de los troncos más gruesos, y César con el hacha pequeño tala las ramas de los troncos, que servirán para hacer unos buenos haces de leña con las ramas más derechas y cisco con el resto.

Es mediodía, ha llegado la hora de comer y también de descansar un poco. Juan sabe que es muy importante que la cisquera no eche humo o presente síntomas de rescoldos, así que antes de sentarse comprueba que todo esté en orden. María extiende la manta en el suelo donde se sientan a comer. Retira el puchero de la lumbre y lo vacía en una fuente de porcelana, de donde comerán todos. Los garbanzos, el tocino y la carne están bien cocidos y desprenden un aroma exquisito. El monte y el trabajo dan buen apetito. Tras devorar la comida descansan unos minutos al calor de la lumbre; la mañana ha sido muy dura. Mientras tanto María recoge y limpia el puchero, los cubiertos y la fuente con un poco de agua, ya tendrá tiempo de lavarles bien en casa. Antes de volver al tajo, María abre un hueco en medio de la lumbre en donde entierra las patatas con la ceniza.

Pedro y María vuelven al corte de la mañana. Juan y César cargan con los sacos, los hatillos, y la criba y se dirigen a la cisquera. Mientras César abre el saco, Juan carga la criba de cisco y tras unos buenos meneos va llenando el saco. La tierra y el polvo caen por los agujeros de la criba dejando el cisco mucho más limpio. Así los braseros prenderán mejor y calentarán más. Por otra parte los sacos pesan la mitad y son mucho más manejables. El cielo se está cubriendo de nubes y se ha levantado un poco de aire que mueve el polvo, molesta a los ojos y tapa la nariz, pero eso no les impide seguir adelante. Una vez terminan toda la parva cuentan el número de sacos que han ido dejando en fila uno tras otro. Se sienten muy satisfechos al

comprobar que han conseguido llenar doce hermosos sacos. Ayudados de un pequeño palo a modo de aguja cosen la boca de los sacos con los hatillos para que no se pierda ningún tizón.

Las nubes cubren completamente el cielo pero en el horizonte se aprecia como el sol se va poniendo. Hay que darse prisa para aprovechar la luz del atardecer en el regreso a casa. Juan llama a todos para que se acerquen a la ropa. Ha llegado el momento de recoger todas las herramientas, algunas las dejan guardadas en el monte para el próximo día, las más valiosas las echan al carro en prevención de que se las roben. Después de uncir el burro, cargan los sacos bien colocados en el carro, por encima de los últimos tiran una maroma atándola fuertemente al carro para que no se caigan. No queda sitio para nadie por lo que ahora tendrán que volver todos a pie a pesar del cansancio. Todo está preparado para el regreso a casa. El frío ha vuelto con fuerza y se deja notar. Mientras se ponen los abrigo Juan remueve las cenizas de la lumbre con un palo y allí aparecen las cuatro patatas bien asadas. Están tan calentitas que da gusto cogerlas con las manos, ni que decir lo deliciosas que saben. Se miran unos a otros y se echan a reír a carcajadas, todos parecen disfrazados, están negros del polvo del carbón. Juan y César parecen dos auténticos cisqueros.

Paso a paso inician el camino de vuelta, Juan y Pedro van delante junto al burro, animándole y dándole alguna palmadita en el lomo cuando afloja el paso en las cuestas arriba. María y César van agarrados en la parte trasera del carro y se cargan un poco en las cuestas abajo para hacer de freno.

Ya es plena noche cuando llegan a casa. Meten el carro en el corral y le echan encima una vieja lona para proteger los sacos del rocío de la noche. El burro se ha ido solo a la cuadra y espera su recompensa en el pesebre, un buen bocado de paja de avena. Unos fuertes gruñidos vienen de la pocilga, es el cerdo, que crían para la matanza, reclamando su cena. Las gallinas ya están subidas y acostadas en los palos del gallinero pero no han olvidado dejar sus huevos en el nidal. Mientras María enciende fuego en la bilbaína para calentar la cocina y un buen caldero de agua para bañarse.

En el balde de latón que tiene para lavar la ropa echa el agua caliente y por allí irán pasando todos. Primero los niños, los dos a la vez, casi no caben pero es mucho más divertido, siempre están con sus bromas y juegos, les embadurna con jabón de sosa que ella misma hace con sebo de oveja y con la ayuda de un estropajo de esparto restriega los sitios más difíciles hasta que quedan completamente limpios. Luego son los padres quienes uno a uno pasan por el baño ayudándose el uno al otro.

Y después del baño que mejor que una buena cena, dos huevos fritos por cabeza y un tazón de leche. Están muy cansados pero allí en la cocina se encuentran calentitos y muy a gusto. Aprovechan un ratito para recordar los sucesos del día. Los padres les cuentan algunas anécdotas de la vida a las que los niños atienden totalmente embelesados. Terminan diciéndoles lo orgullosos que se siente de tener una familia como aquella, pobre y humilde pero unida como una piña por la fuerza del amor.

Esta noche dormirán como troncos a pesar del frío; juntitos y bien arropados por dos mantas. Pero como cada mañana cuando más a gusto están durmiendo el amigo quiquiriquí rompe sus dulces sueños y les avisa que es momento de volver a levantarse; hay que preparar todo para salir por el pueblo a vender los sacos de cisco..., pero esto es otra historia, aunque lo cierto es

que nada más salir, ya en la primera calle han conseguido vender todos los sacos de cisco. Aquellas navidades no pasaron apuros, pudieron incluso comer un poco de turrón.

Dedicatoria: A mis padres.